

La defensa del Tratado de Libre Comercio: juego de espejos

JORGE ALONSO ♦

Ante la coyuntura electoral estadounidense de 1996 se revisa lo acaecido en la lucha en torno a la aprobación del Tratado de Libre Comercio en una situación similar cuatro años antes. Se presentan las principales posiciones ante dicho tratado y se perfila cómo, con el tiempo, los argumentos de la corriente opositora han ido mostrando su validez.

En la campaña electoral estadounidense de 1996 el tema del Tratado del Libre Comercio entre Estados Unidos y México volvió a ser importante elemento para la contienda. Las actitudes adversas a México fueron subiendo de tono. Conviene reconstruir la discusión que se dio antes de su firma, pues el centro de la discusión que entonces surgió seguía vigente en 1996.

El dominio de las apariencias

Los hombres desde hace mucho tiempo se han visto sometidos por las apariencias. A través de la ciencia han pretendido reducir la distancia entre lo que es y su fenómeno. La búsqueda del conocimiento se ha esforzado por encontrar lo que realmente subsiste tras las primeras manifestaciones, des-

♦ CIESAS-Occidente



cubrir en las representaciones las entidades. No es poca la distancia entre el aparecer y el ser. En muchos individuos de diversas épocas ha operado el afán por aparecer. Se han buscado reconocimientos fincados en la creación de imágenes que intentan acrecentar o fingir lo que se es.

Especialmente el poder ha privilegiado la proyección de capacidades que susciten por un lado adhesiones y por otro temores que afiancen obediencias, respetos, sometimientos. El mismo comportamiento económico, más allá de las explicaciones de una racionalidad rectora, es muy susceptible a las bruscas variaciones de cambiantes imágenes. Los avances tecnológicos han dado celeridad y amplitud a la constitución de figuras políticas. Una continua creación de imágenes en torno a lo político no sólo seduce, encandila y embauca, sino que consigue comportamientos colectivos condicionados y previsibles. Pero esto implica una continua reconstrucción, porque su base es muy volátil. Se pretende la configuración de imágenes que logren apariencias que produzcan poderes muy reales.

El régimen salinista supo consolidarse a través del manejo de la imagen presidencial y de su proyecto. Al extremar la imagen de programas internos (como Solidaridad) y de una política exterior (como el Tratado de Libre Comercio) colocó en el manejo de los mismos gran parte de la eficacia de su aceptación y de su dominio. Pero mientras en el primero mantuvo el control interno, en el segundo transfirió decisiones externas a un éxito incierto. Un juego de representaciones permitió, no sin desgaste y opacamientos, recomponer el poder presidencialista. Pero la gran imagen de un México próspero y partícipe de los beneficios del primer mundo a través de la opción del TLC ha ido quedando fuera de control y ha amenazado con revertirse económica y políticamente ante la ineficiencia de dicho tratado. La imagen de éxito del régimen se comprometió desmedidamente en el TLC.¹

¹ Los datos de este escrito han sido obtenidos de una revisión de diarios y revistas mexicanos y norteamericanos.

El tratado y sus acuerdos paralelos

Si bien en agosto de 1992 se habían terminado las negociaciones para que los gobernantes de Estados Unidos, Canadá y México firmaran el Tratado de Libre Comercio, las elecciones presidenciales estadounidenses de 1992 se interpusieron en el destino de dicho tratado. El gobierno salinista apostó todo su prestigio al tratado y, por lo tanto, peligrosamente se comprometió ostensiblemente en la campaña para la reelección del presidente norteamericano Bush. Los electores del país vecino no quisieron reelegirlo y el TLC entró en un período de incertidumbre. El gobierno mexicano no disimuló un nerviosismo de que la nueva administración demócrata no se comprometiera con un proyecto encabezado por un gobierno saliente al que los electores habían rechazado. Pese a que el 17 de diciembre de 1992 los gobiernos de los tres países implicados firmaron el acuerdo, éste quedaba como herencia a un nuevo presidente estadounidense que no estaba comprometido con ese proyecto. Desde su campaña presidencial Clinton había hecho saber que un TLC bien concertado produciría beneficios para su país, pero que la manera como lo estaba llevando a término su contrincante político pronosticaba malos efectos. Clinton también prometió que como presidente enmendaría las deficiencias que le veía a ese tratado.²

Ya como presidente electo Clinton advirtió que el TLC estaría entre sus prioridades, pero que tendrían que allanarse algunas cuestiones relacionadas con el medio ambiente y con la problemática laboral. Aceptó que el tratado en sí no se renegociaría, pero que requería de acuerdos paralelos con México en materias laboral y ecológica.

A principios de enero de 1993, Salinas, en una entrevista con Clinton, que la oposición mexicana calificó de audiencia suplicante que mostraba un alto grado de debilidad y subordinación, trató de asegurarse de que quien estaba a punto de asumir la presidencia estadounidense no dejaría de lado el TLC. Clinton se comprometió

² Clinton, *Expanding trade and creatin American Jobs*, Conferencia en la Universidad de Carolina del Norte, 4 de octubre de 1992.



a designar a una persona que coordinara las pláticas sobre los temas paralelos. No obstante, en el discurso de toma de posesión el nuevo presidente de Estados Unidos no hizo alusión al tratado. Los indicios no eran buenos para los salinistas. En febrero, el secretario de Comercio de México, Serra Puche, viajó a Estados Unidos para ver la situación del tratado. En una entrevista de segundo nivel el que fungió como poder detrás del trono del salinismo, Córdoba Montoya, hizo saber a la parte norteamericana que el tratado era de suma importancia para Salinas, y que la sucesión presidencial estaba conectada con su aprobación. Los comentaristas resaltaron la falta de tino de esta entrevista que dejaba a la parte mexicana en suma debilidad. Hasta la segunda quincena de ese mes se anunció que un mes después iniciarían las pláticas paralelas al TLC. El apoyo al gobierno estadounidense estaba condicionado a acuerdos suplementarios. En pleno nerviosismo el gobierno mexicano intensificó el cabildeo en Washington en favor del TLC. La parte mexicana aclaró que aceptaba negociar acuerdos paralelos que no implicaran proteccionismo. Las presiones para que el gobierno mexicano corrigiera violaciones en asuntos laborales y ambientales se incrementaron, no tanto porque importara lo que sucedía en México sino por sus repercusiones en Estados Unidos.

En esta nueva negociación se combinaron dos planos de juego de espejos. Clinton pretendía no atentar en contra de los poderosos grupos económicos favorables al tratado y al mismo tiempo aparentar una firmeza tal que no le enajenara a grandes sectores laborales y ecologistas que le acababan de dar su voto. En la parte mexicana el afán por sacar adelante el tratado no conseguía ocultar la decisión de hacer grandes concesiones, no obstante los reiterados alegatos patrióticos de defensa de la soberanía. Uno de los espejos que utilizó tanto el gobierno mexicano como sus aliados en el país vecino fue uno que arrojaba un panorama catastrófico: un rechazo al TLC implicaría una situación económica de fuga de capitales y políticamente de desestabilización del país.³ Senadores republica-

³ Curiosamente esa misma argumentación fue empleada para presionar al electorado mexicano a votar en favor del candidato priista Zedillo. Se argüía que si no salía electo la situación económica empeoraría. Una mayoría de votantes se

nos aconsejaron buscar acuerdos paralelos no muy severos. A principios de mayo pareció definirse la situación del Senado norteamericano. Ahí no habría problemas pues 51 de los 100 senadores se habían mostrado partidarios de aprobar el TLC. El representante comercial estadounidense, M. Kantor, aseguró que el tratado entraría en vigor el primero de enero de 1994. Esto hizo respirar al gobierno de Salinas. El presidente de la Bolsa Americana de Valores exhortó a representantes de empresas transnacionales con intereses en América Latina a promover el cabildeo en apoyo del TLC.

Sin embargo las negociaciones no iban sobre rieles. Semana a semana saltaban nuevos obstáculos para finalizar los acuerdos paralelos. El 21 de mayo de 1993, México y Canadá declararon que eran contrarios a cualquier tipo de sanciones en los pactos paralelos. Pese a que el TLC había sido ratificado por los legisladores canadienses, en junio el estancamiento en las negociaciones era más patente. Clinton se sumó a la visión del desastre y aseguró que el futuro del área dependía del tratado; cualquier retroceso traería consecuencias económicas y de seguridad no sólo en las relaciones estadounidenses con México sino con el resto de América Latina. El director del presupuesto de la Casa Blanca, L. Panneta, quien hacía poco había provocado un revuelo con la afirmación de que el tratado estaba muerto, aseguró que había resucitado y que seguramente sería aprobado por el Congreso. El periódico *Financial Times* llegó a aconsejar a las autoridades mexicanas que prosiguieran adelante en su apertura comercial y empañó uno de los espejos: de no aprobarse el tratado, la situación económica de México no sería desastrosa.

Un nuevo entrampamiento surgió en julio cuando Kantor declaró que Estados Unidos buscaba que hubiera sanciones comerciales en los paralelos para que tuvieran dientes. Los comentaristas previeron que el gobierno mexicano daría más concesiones. No obstante, el 11 de agosto el gobierno mexicano indicó que las negociaciones paralelas estaban a punto de rompimiento. Pero pocas horas

lo creyeron, votaron por el PRI y, sin embargo, a pocos días de asumir el poder Zedillo, a finales de 1994, sobrevino la catástrofe económica que se había pronosticado que vendría sólo en caso de un triunfo opositor.



después los paralelos fueron destrabados. Mientras Canadá se mostró firme hasta el final en no aceptar sanciones comerciales, México cedió. Fue anunciado que se habían firmado cuatro acuerdos: el de cooperación en materia ambiental, el de materia laboral, el que creaba un fondo para el financiamiento de proyectos de infraestructura ambiental en la región fronteriza México-EE.UU. y un entendimiento sobre medidas de emergencia.

Entonces el gobierno mexicano trató de introducir otro espejo que reflejó una imagen muy diversa de lo que había sucedido. Se aseguró en todos los tonos que se había salvaguardado la soberanía. El argumento esgrimido fue que la parte mexicana había rechazado que ningún país, ni ningún organismo trilateral, llevara al gobierno mexicano a juicio ante los tribunales mexicanos; y se aseguró que los acuerdos no implicaban compromiso de cambiar leyes ambientales o laborales. Sin embargo, la información proveniente de Estados Unidos no permitía que el secretario de Comercio, Serra, se pudiera ufanar de defensa de la soberanía. Kantor precisó que no hubo pretensión de acceso a tribunales mexicanos. El problema del entrampamiento final no había estado en el punto alegado por Serra sino en la oposición canadiense a las sanciones (cuestión en la que finalmente triunfó ese país) y en el problema del salario mínimo con México, cosa que el mismo presidente Salinas solucionó con la promesa de ajustar salario con productividad (cuestión que la misma Coparmex hacía tiempo había sugerido y se le había rechazado con argumentos de cuidado de la inflación). Además Serra quiso mitigar lo aceptado aduciendo la dificultad de llegar a sanciones.

Un año después de concluidas las negociaciones del TLC y cinco meses de arduo estira y afloja para establecer los acuerdos paralelos le restaba al TLC el verdadero escollo: la aprobación final del Congreso estadounidense.

Los problemas del TLC en Estados Unidos

Los episodios del TLC reflejaron otra situación de distorsión y de falsa imagen. Mientras en Estados Unidos intervinieron los tres poderes (el ejecutivo en las negociaciones, el judicial con una orden para que el gobierno preparara un informe sobre el impacto ambiental del acuerdo,⁴ y el legislativo con la ratificación o rechazo del tratado) en México, pese a que formalmente intervenían dos de estos poderes (el ejecutivo y el legislativo), en la práctica sólo operaba el enorme poder del presidencialismo.⁵

La oposición al TLC en Canadá no ha sido pequeña. El gobierno de Ontario, importante región manufacturera, manifestó su disposición de bloquear el tratado trinacional. Mientras se negociaban los paralelos, en Canadá también hubo protestas. Numerosos miembros de agrupaciones sindicales, feministas y grupos sociales se pronunciaron en contra del TLC. Argumentaron que no quería repetir la experiencia del anterior acuerdo bilateral con Estados Unidos por el cual se habían perdido medio millón de empleos.

En Estados Unidos la lucha por y contra el tratado no dejó de ser fuerte y enconada. Se formaron comisiones de organismos privados

4 El 30 de junio de 1993 se presentó otro gran obstáculo al tratado a cargo de un juez federal que basó su actuación en los argumentos de grupos ecologistas que aducían un riesgo razonable de que el TLC podía provocar daño ambiental. El gobierno estadounidense decidió apelar la decisión. Sin embargo, posteriormente los grupos ecologistas agrupados en *Public Citizens* aclararon que al crear obligaciones internacionales para Estados Unidos, modificar las leyes domésticas en materia ambiental y elaborar incentivos para el desarrollo económico con efectos ecológicos adversos, el TLC estaba necesariamente sujeto a la jurisprudencia del Acta de Política Ambiental Nacional y por lo tanto obligado a presentar un estudio sobre el efecto ambiental. Así la postura de la Casa Blanca contra la decisión del juez Richey no era sustentable. El 24 de agosto de 1993 el gobierno de Clinton pidió que se revocara el fallo del juez Richey sobre el TLC. La abogada de *Public Citizen* insistió en que la ley requería que la oficina del representante comercial redactara un informe sobre el impacto ambiental. Si el Tribunal de Apelación no revocaba la orden del juez Richey las posibilidades de aprobación del tratado se reducían. La realización de un estudio sobre impacto ambiental podría tardar meses. En caso de que la decisión de Richey fuera revocada, entonces los grupos ecologistas y de consumidores apelarían ante la Suprema Corte de Justicia.

5 En un desayuno convocado por el presidente Salinas con congresistas del PRI, el mandatario recalcó: cómo le gustaría a Clinton tener el respaldo de sus legisladores como lo tenía el presidente mexicano. La disciplina férrea de los legisladores ha sometido (y quitado toda independencia) a los diputados priistas que quedan a merced de los dictados presidenciales.



y gubernamentales para apoyarlo. El gobierno, no obstante su tibieza inicial, se mostró decidido a sacar adelante un TLC apuntalado por los acuerdos paralelos.

La oposición fue consistente entre sindicalistas y ecologistas, pero el problema mayor se encontró entre los legisladores de la cámara baja. Además de las críticas por los efectos en Estados Unidos en empleo y medio ambiente, una de las acusaciones que no ha dejado de escucharse entre los adversarios al TLC (además del deterioro en las situaciones laborales y ecológicas mexicanas) ha sido la carencia en este país de una democracia real y el desmedido peso del poder presidencial.

La confederación sindical más grande de Estados Unidos (AFL-CIO) se ha opuesto decididamente al tratado. En un principio lo categorizó como un acuerdo para la explotación, y aseguró que sería un desastre para millones de estadounidenses. La AFL-CIO ha enfatizado que la enorme brecha salarial entre Estados Unidos y México es uno de los más graves problemas para que el TLC resguarde empleos estadounidenses. Trabajadores de la industria automotriz manifestaron su rechazo al TLC en la Universidad de Michigan mientras Salinas trataba de convencer a los estudiantes de las bondades del tratado. Al concluir los acuerdos paralelos sindicatos estadounidenses indicaron que éstos eran inaceptables. Aseguraron que carecían de verdaderos dientes, y que protegían a los inversionistas pero no a los trabajadores.

La ecologista organización *Greenpeace*, en diciembre de 1992, externó su confianza en que el gobierno de Clinton rectificaría el TLC. El pastor protestante Jackson, líder de los derechos civiles, desde ese mismo mes advirtió a Clinton que el TLC inhibiría algunos de los objetivos de campaña. Encabezó una coalición de más de 30 grupos de ciudadanos, consumidores, ecologistas, trabajadores, granjeros y políticos la cual anunció una amplia campaña contra el TLC.

Se ha destacado que los trabajadores se encuentran al margen del tratado. Organizaciones civiles han pronosticado que el TLC en diez años afectaría grandemente a trabajadores estadounidenses de empleo alto. No se ha negado que el TLC tenga beneficiarios; lo

que se recalcado es que éstos no se encuentran del lado de los trabajadores como han querido hacer parecer los promotores del acuerdo. Quienes a expensas de la gente medrarán serán las grandes corporaciones.⁶ El periódico *New York Times* informó que si a corto plazo el TLC produciría más empleos en EE.UU., a largo plazo estos efectos se anularían. Por su parte Clinton trató de convencer de que el tratado crearía más empleos de los que podía costar.

A mediados de marzo de 1993 delegados de organizaciones latinas en Washington que acudieron a una reunión cumbre sobre el TLC acotaron las condiciones bajo las cuales apoyarían el tratado. Recalaron que la elección de Clinton implicaba un cambio político radical en el contexto del TLC, porque la administración demócrata mostraba preocupación tanto en los aspectos económicos como sociales del TLC.

Las agrupaciones laborales, sociales y ecológicas adversarias del TLC desataron una gran actividad en contra de la aprobación del tratado. Organizaron campañas ciudadanas para presionar a los congresistas para que no lo sacaran adelante. Argumentaban que el tratado no había sido rescatado por los acuerdos paralelos.

El 21 de julio, congresistas republicanos condicionaron su apoyo al TLC. Exigieron que México frenara sus importaciones de trigo canadiense. En un nuevo frente contra el tratado un diputado solicitó que el tratado no fuera aprobado hasta que México resolviera los abusos a los derechos humanos cometidos en su territorio. El Partido Demócrata enfrentó una división ante el TLC. A finales de julio 100 diputados demócratas pidieron al gobierno estadounidense postergar el tratado, pero la Casa Blanca indicó que éste tenía su apoyo inequívoco. Los legisladores señalaban que tenían opiniones diversas respecto a los méritos del tratado y que la reforma de salud debería tratarse primero. Clinton rechazó ese llamado y dijo que este mismo año tendría que abordar el TLC.

⁶ Investigaciones sobre los impactos del TLC en las ramas productivas norteamericanas revelaban que entre los ganadores estarían los productores de granos, los petroleros, los financieros, y que entre los perdedores habría que situar a horticultores (Cfr. Seminario de IBM *Global markets in the 1990s*, "Achievements of the NAFTA: U.S.: winners and losers, 16-X-92).



El presidente de la Comisión Internacional de Comercio de Estados Unidos previó una larga y difícil lucha en el Congreso para la aprobación del tratado. El líder de la representación demócrata en la cámara norteamericana, en todos los tonos y formas, aun en su entrevista con el presidente mexicano, manifestó que no apoyaría un tratado cuyos acuerdos paralelos no fueran satisfactorios, que no tuvieran dientes. En febrero dicho diputado había acusado al gobierno mexicano de intentar robar empleos a los estadounidenses con la creación de un fondo de inversiones para adquirir empresas en Estados Unidos y trasladar sus operaciones a México en el que estaba involucrado el organismo financiero del gobierno mexicano. En esa época insistió en que el texto del TLC debía rechazarse porque su forma no aseguraba una mejoría de los salarios ni del nivel de la vida en México, ni protegía los empleos de los estadounidenses. Aseguró que el TLC no sería sometido al Congreso hasta que estuviera concluida la negociación de acuerdos paralelos. Aunque llegó a expresar que pugnaría por una ratificación del tratado atrincherado por los paralelos, se mostró reacio a los condicionamientos políticos o cronológicos inspirado en expectativas alejadas de la realidad. Y ante la conclusión de los paralelos se mostró no satisfecho, pues aunque aceptaba que se habían logrado avances, consideró que los acuerdos se quedaban cortos en cosas importantes.

Más de los cien legisladores estadounidenses elegidos en noviembre de 1992 habían tendido vínculos con los grupos que han rechazado el TLC. Muchos congresistas norteamericanos lanzaron severas críticas sobre salarios y condiciones de vida en México. Para finales de junio de 1993 los cálculos de una aprobación en el Congreso norteamericano eran de 50% a favor y de 50% en contra. Si bien 51 de los 100 senadores se habían mostrado partidarios del TLC, todavía en agosto de 1993 se juzgaba que era incierta su aprobación en la cámara baja. Según una encuesta, 44% de los legisladores estaban a favor del TLC, 37% en contra y 18% se mantenían indecisos.⁷

⁷ Esta encuesta fue citada por E. Semo en su artículo "Ligará Clinton en el Congreso el documento del TLC y las reformas del sistema de salud". *Proceso*, 23 de agosto de 1993.

En Estados Unidos los problemas de imagen siguieron pesando en contra del tratado. Dado que la clave quedaba en el Congreso, el subsecretario de Estado solicitó a los empresarios asistentes al Foro del Consejo de las Américas que hablaran con sus congresistas para que apoyaran el tratado. Pero esto se revirtió pues sobrevino la queja de que Clinton en su campaña había criticado el cabildeo y ya en el gobierno echaba mano de él. Encima, a mediados de mayo, el presidente del subcomité de Empleo de la Cámara de Representantes señaló que Kantor podía haber violado la ley al ayudar a establecer un grupo para promover el TLC. Como un elemento más en contra de la imagen del tratado el Departamento de Justicia hizo saber que el gobierno mexicano gastaba 15 millones de dólares en labores de cabildeo que realizaban 24 agencias de relaciones públicas y asesoras. Los editores del semanario *The Nation* apuntaron que el cabildeo pretendía ahogar la oposición al tratado comercial y destacaron que el esfuerzo del gobierno mexicano en favor del tratado constituía la campaña del cabildeo más costosa que se había realizado en Washington para un solo tema. Otra cuestión que gravitó contra el tratado fue que el mismo día en que era asesinado en Guadalajara el cardenal Posadas, supuestamente en enfrentamiento entre narcotraficantes, el periódico *New York Times* publicó que causaba malestar entre los seguidores del TLC la versión sobre presuntos planes de narcotraficantes colombianos de explotar la apertura comercial para sus negocios.

Finalmente, otro grave obstáculo fue la decisión del ex candidato presidencial R. Perot, quien creció en influencia entre los ciudadanos norteamericanos, de emprender una cruzada en contra del TLC. Adujo la diferencia salarial entre ambos países. Señaló que México era manejado por una élite. Pese a que Kantor y el mismo Clinton salieron a la palestra para responder a las críticas de Perot, la opinión pública favorable a este personaje público aumentó en la coyuntura de la discusión sobre el TLC. Los argumentos presidenciales de que con el tratado todos ganaban, pero que EE.UU. era el gran ganador no lograban convencer a una gran parte de los ciudadanos. Perot insistió en que con el tratado se trasladarían empre-

sas norteamericanas a México. Aseguró que el tratado destruiría sectores industriales y fuentes de empleo en todo el país. Señaló que la industria estadounidense no podría competir con los menores costos salariales y de operación existentes en México. Llamó a sus seguidores a redoblar esfuerzos para detener el tratado. Se quejó de la forma secreta en que se había ido negociando. Fustigó a los cabildistas y a la enorme suma destinada por el régimen de Salinas para promover el TLC. Prometió dar a conocer la lista de funcionarios gubernamentales y de otros *lobistas* prominentes que habían trabajado a sueldo del gobierno mexicano a favor del TLC. Convocó a los ciudadanos a que enviaran su voto sobre el TLC al gobierno y a los legisladores. Argumentó que esto equivaldría a contraponer el voto ciudadano frente al poder del *lobby*. Perot se comprometió a constituir una campaña que venciera al tratado. Advirtió que ésta se conectaría necesariamente con las próximas elecciones de diputados, pues los ciudadanos deberían estar atentos para ver cómo votaba cada uno en el Congreso y en esta forma saber si eran confiables para ser reelegidos.

Ciertamente las campañas en contra del TLC suscitaron muchas dudas entre los ciudadanos estadounidenses. También las encuestas le eran adversas en Canadá. El sentir público estadounidense contrario al tratado fue ganando terreno. *USA Today* publicó que el TLC tenía dividida a la opinión pública norteamericana, pues mientras un 41% lo aceptaba, 44% lo rechazaba. Según encuestas de mediados de 1993 sólo un 30% creía que el tratado sería beneficioso para su país. Cuando el tema era tratado en la radio y en la televisión había una opinión mayoritaria en contra. La oposición al tratado no decayó. Una encuesta realizada por CNN indicaba que 65% de los entrevistados estaba en contra, mientras sólo 28% lo aprobaba. Prevalecía la opinión de que los acuerdos paralelos no mejorarían en impacto sobre los trabajadores.

Pese a que hubo quienes afirmaron que las demandas de los sindicatos y de los ecologistas habían quedado cubiertas con los acuerdos paralelos, el periódico *New York Times* opinó que el acuerdo paralelo en materia laboral era endeble. La promesa del presidente

mexicano de elevar el salario mínimo en proporción directa a la productividad nacional sólo beneficiaría a 16% de los trabajadores, lo cual no aseguraba un cambio de fondo en la estructura laboral mexicana. Se criticó que no se hubiera abordado en el acuerdo paralelo la falta de verdaderos derechos laborales en México. Tampoco se había garantizado la existencia de sindicatos libres. Se enfatizó que el acuerdo estaba basado en la imagen y no en la realidad. Varios analistas hicieron hincapié en que de entrar en vigor el tratado el primero de enero de 1994 se perderían de inmediato empleos en Estados Unidos. Los adversarios aducían que los acuerdos paralelos no habían dado consuelo a las inquietudes.

Otra dificultad para la aprobación del TLC se centraba en su impacto en la imagen de Clinton quien fincó su campaña presidencial en la defensa del empleo. El TLC podría tener un alto costo político para los demócratas. La revista *Harpers*, en su número de septiembre de 1993, informó que el Instituto de Política Económica de Washington advertía que el TLC podría empañar la imagen de Clinton, pues cada fábrica que cerrara, fuera o no a causa del TLC, se le imputaría al presidente. Se llamó la atención de que con el impulso del gobierno norteamericano al TLC se estaba cuidando más la imagen del presidente mexicano que la de Clinton.

Narcisismos, tremendismos
y refutaciones en México

Los promotores echaron mano de una imagen de desastre en México para apoyar al TLC, y alegaron que con el tratado Salinas prevalecía y que sin él se hundiría, con lo cual se beneficiaría la oposición comandada por Cuauhtémoc Cárdenas. Se manejó de diversas formas que el retraso de la ratificación del tratado atentaría contra el salinismo (tan pro-norteamericano) y haría crecer a sus opositores nacionalistas. Por su parte Salinas declaró que de no aprobarse rápidamente el tratado las relaciones entre los dos países podrían arruinarse; y no pudo ocultar su enojo por la campaña cardenista en contra del TLC, sobre todo en Estados Unidos. El 8 de marzo de



1993, antes de iniciarse la ronda de negociaciones sobre los paralelos, Salinas quiso empujar el tratado en una entrevista al periódico canadiense *The Globe and Mail* en la que afirmó que en México existía un fuerte consenso en torno al tratado pues un 47% estaba a favor mientras sólo 17% estaba en contra (el resto era de indecisos). Otra imagen que el gobierno mexicano trató de proyectar fue el enorme beneficio que traería al país la gran inversión extranjera que desataría el TLC, lo cual repercutiría en creación de más empleos, en crecimiento económico y en justicia social. Sin embargo también se tuvo que reconocer que un 90% de lo que implicaría el tratado ya había estado operando aun sin la ratificación de éste por el Congreso estadounidense. No obstante los efectos prometidos no se hicieron visibles.

W. Smith, de la Fundación Heritage, entusiasta propagandista del TLC, aceptó que este tratado implicaba beneficios para horticultores mexicanos,⁸ pero no para los productores de maíz y trigo. Reconoció que en Estados Unidos los subsidios persistían en el sector agropecuario. Ansioso de que el TLC llegara a buen término criticó en mayo la campaña que el gobierno mexicano estaba desarrollando alrededor del TLC. Adujo que el cabildeo sólo había servido para enriquecer a algunos, pero no para asegurar la aprobación del acuerdo. Aconsejó no concentrarse en Washington sino atender los distritos estadounidenses en donde los diputados eran opuestos al tratado. Esto evidenciaba hasta qué punto la decisión sobre el tratado el gobierno mexicano la había puesto en manos ajenas. Se había llegado al colmo de que se le recomendara hacer campaña política en distritos estadounidenses.

Fundamentalmente han sido cinco las trincheras mexicanas que han hecho propuestas alternativas y que se han opuesto al TLC como fue negociado. En primer término destaca la actuación de Cuauhtémoc Cárdenas. El PRD constantemente ha levantado críticas. También lo han hecho tanto intelectuales ligados a movimien-

⁸ Sin embargo esos supuestos beneficiarios pronto no pudieron soportar la succión voraz de recursos que sufrieron a causa de la usura bancaria, y tuvieron que defenderse con la constitución de un frente de deudores denominado El Barzón.

tos ciudadanos como una convergencia de grupos laborales y sociales. Destaca además la denuncia proveniente de parte del episcopado ligado a las causas populares. El PAN se negó a asistir a la firma del TLC en diciembre de 1992 aduciendo que no avalaba la forma en que había sido negociado. Pero quienes han dado una batalla frontal ante el TLC han sido Cárdenas y el PRD.

Cárdenas desde 1991 defendió que el comercio debía encararse como un instrumento de desarrollo y no como un fin en sí mismo. Argumentó que la privatización y la liberalización de la economía mexicana no habían traído un impulso económico autosostenido ni mejorado las condiciones de vida de las mayorías. Propuso cinco paquetes de negociación: el primero en materia propiamente comercial; el segundo relativo a inversión, reglamentación antimonopólica, compromiso social, ecología y propiedad intelectual; el tercero tocante a inversiones compensatorias; el cuarto sobre mecanismos de arreglo de controversias, y el quinto sobre movilidad laboral. Sostuvo que si no se abordaban todos esos temas sólo se beneficiaría a un puñado cuando era urgente una alternativa real de desarrollo estable y sostenido.⁹

Cárdenas en un congreso en Princeton, en donde se congregó la nueva izquierda latinoamericana, afirmó que el TLC tendría que ser cambiado por un acuerdo de desarrollo. Se opuso a que se circunscribiera solamente a lo comercial. Habría que pensar en la renegociación de la deuda, en fondos compensatorios, en una carta social que promoviera tres puntos fundamentales: la elevación de los salarios, el cumplimiento de leyes ambientales y el tema de la migración. Se opuso a la manera como se estaba negociado lo relativo al tratado porque consolidaba la sumisión de México a los intereses estadounidenses. Criticó el que Salinas estuviera dispuesto a ceder en todo lo que le pedían, que el gobierno mexicano hubiera ido adecuando su posición a los intereses y exigencias estadounidenses. El que México fuera reducido a abastecer de mano de obra barata obstaculizaría el desarrollo del país. No se podía apoyar al

⁹ C. Cárdenas, "TLC: una propuesta alternativa", en *Nexos*, junio de 1991, pp. 51-54.



TLC dado que repercutiría en mayor concentración del ingreso, y porque entregaba el país a un sector de las grandes transnacionales norteamericanas. La alternativa cardenista al TLC ha sido un tratado continental, negociado en conjunto, que tome en cuenta el impacto de la apertura comercial. Ante esto se tendría que adoptar un fondo social, inversiones compensatorias, como sucedió en la Comunidad Europea. En la campaña de 1994 apuntó que habría que evaluar el desarrollo de dicho tratado para revisarlo.

La alternativa al TLC defendida por el PRD ha sido un Acuerdo Continental para el Desarrollo. Se opuso el TLC porque éste ha tratado de utilizar a los países del Sur como abastecedores de mano de obra barata y materias primas, como un amplio campo para las inversiones y exportaciones estadounidenses. La alternativa propuesta solicitaba que se tuvieran en cuenta los diferentes grados de desarrollo, productividad y niveles de vida entre los países más desarrollados (EE.UU. y Canadá) y el resto. Se ha visto necesario esto porque las políticas mundiales neoliberales han implicado depreciación de las materias y productos básicos, erosión de las plantas productivas, rezago tecnológico y una cuantiosa deuda externa. El PRD recalcó que su oposición al TLC tiene que ver con el hecho de que éste compromete la soberanía nacional. A principios de abril de 1993, el PRD instó infructuosamente a la comisión negociadora del TLC al diálogo abierto. Pidió que se reconocieran los riesgos que implicaba el tratado. Criticó la falta de información al respecto. El tratado ha conllevado serias implicaciones políticas y económicas para los países firmantes en beneficio de unas cuantas corporaciones transnacionales. El PRD destacó que para el salinismo las concesiones que unilateralmente había dado con la apertura comercial ya habían tenido su efecto. El problema de los obstáculos para el TLC sería más bien político por todo el dinero e imagen invertidas en ese tratado. Se vendrían abajo las ilusiones que los salinistas habían querido empaquetar con el tratado.

La Red de Acción Frente al Libre Comercio desde 1991 ha sostenido una constante actividad de pronunciamientos en torno al TLC. Logró fuerza al haberse coordinado con organizaciones sociales de

Estados Unidos y Canadá. A finales de 1992 realizó un foro sobre el TLC. Según esta red, el TLC no significará un crecimiento estable y sostenido ni la creación de nuevos empleos más productivos y mejor remunerados. Precisó que no se oponía al intercambio comercial, pero que demandaba que éste fuera en términos justos. También advirtió que el crecimiento económico no resolvía las grandes carencias económicas y sociales de México. Insistió en que el TLC no respondía a los intereses populares y que había sido un acuerdo entre gobiernos neoliberales en lo económico, y conservadores en lo político. Propuso un planteamiento alternativo: que la participación social se diera a través de una comisión del medio ambiente, representada democráticamente para supervisar los estudios de impacto ambiental, la creación de un fondo para proyectos ambientales, la creación de un fondo para el desarrollo, la formación de una comisión del trabajo integrada de manera democrática por organizaciones sociales para que participara en la elaboración e instrumentación de programas de recuperación salarial, la creación de un seguro del desempleo, la institucionalización de una carta de derechos laborales y sindicales un acuerdo, marco para el trabajo migratorio, la creación de un mecanismo social trilateral y el establecimiento de un código de conducta para las compañías transnacionales.¹⁰

La Red Mexicana de Acción Frente al Libre Comercio realizó un análisis que publicó a finales de marzo de 1993: concluía que el TLC no respondía a las necesidades de desarrollo de los pueblos ni contribuía a resolver los graves problemas sociales de la región. Consideró que comprometía recursos estratégicos, que modificaba patrones de producción y consumo y que afectaba creación de empleos, mejoras salariales, y derechos sociales. Exhortó a que se abriera un verdadero debate público y plural en la sociedad sobre el TLC y sus impactos ambientales y sociales de cara a un desarrollo justo. El debate debería incluir la agenda social y la democracia. Sostuvo que los trabajadores y sus organizaciones debían participar en las

¹⁰ CENCOS, diciembre de 1992.



decisiones nacionales que afectaban el presente y el futuro. Propuso que se propugnara una real libertad sindical, que se ratificara el convenio 98 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre contratación colectiva, y que no debía considerarse competencia desleal los programas de promoción o beneficio social. Un punto fundamental ha sido el reclamo de respeto a los derechos de los trabajadores migratorios.¹¹ La Red ha sostenido que el TLC compromete la soberanía y subordina el proyecto nacional a la participación de un bloque comercial. Ha señalado que el proyecto gubernamental erróneamente apuesta a que el desarrollo se dará por medio de la inversión extranjera y descansando en la competitividad de las corporaciones transnacionales. La Red critica que al tratado le ha faltado una verdadera agenda social. Los acuerdos complementarios fueron el reconocimiento de esto último.

La Red Mexicana de Acción Frente al Libre Comercio insistió, desde 1991, en que se abriera la discusión sobre el TLC a fin de examinar los posibles efectos económicos, sociales, políticos y culturales. El gobierno utilizó de nuevo la imagen: realizó una gran propaganda sobre las bondades del tratado. Hubo consultas con dirigentes de organizaciones afines al proyecto gubernamental; pero no con pequeños y medianos empresarios. Quedaron excluidas las fuerzas regionales, los grupos sociales, los indígenas, los obreros, los sindicatos independientes. En esta forma no todos fueron consultados como quiso aparecer el gobierno. A la Red se le escuchó, pero no fue tomada en cuenta. El gobierno quiso dar imagen de cierta democracia, pero ésta no fue real. La Red denunció que el tratado y sus paralelos habían sido negociados en secreto y sin tomar en cuenta a gran parte de la sociedad.

Intelectuales mexicanos críticos del TLC se empeñaron en desmontar todo el andamiaje de imágenes falsas y distorsionadas creadas por el salinismo. Hicieron ver que dicho tratado ciertamente era prioridad de Salinas, pero no de los mexicanos.¹² En caso de que

¹¹ RMALC, "Derechos laborales y sindicales frente al TLC", en: *La Jornada Laboral*, 25 de marzo de 1993 pp. 9-10.

¹² A. Aguilar Zinser, "En busca de Bill Clinton", en *Siglo 21*, 27 de noviembre de 1992.

salinismo fracasara en este punto (que había hecho central en su política) no implicaba la ruina de México. A finales de febrero de 1993 intelectuales mexicanos comparecieron en Washington ante el Comité de Pequeña Empresa de la Cámara de Representantes al comenzar el debate sobre el TLC. Fueron en respuesta a una invitación del Congreso estadounidense. Explicaron que no hacían más que lo que hacía el mismo gobierno mexicano, con la diferencia que éste lo realizaba gastando cuantiosos recursos nacionales. Si el salinismo era dispendioso en el *lobismo* en favor del TLC, mexicanos críticos podrían hacer oír sus argumentos ante legisladores norteamericanos. La asociación económica de México con Estados Unidos no tenía por qué dissociarse de una discusión de carácter político. Dichos intelectuales intentaban que en el país vecino se propiciara una visión más plural sobre el tratado. Los participantes recalcaron otra gran diferencia: mientras los *lobistas* contratados por el gobierno mexicano presionaban a escondidas, los intelectuales que participaban en esa audiencia exponían sus puntos de vista a la luz pública. Propusieron retrasar la aprobación del TLC hasta después de las elecciones mexicanas de 1994. Si esto resultaba ruinoso para el gobierno de Salinas ciertamente beneficiaría al país pues había muchos puntos que comprometían hondamente a muchos sectores mayoritarios. También varios investigadores resaltaron que aunque la legislación laboral mexicana en apariencia tenía ventajas sobre la de los otros dos países, la falta de libertad sindical la hacía poco operativa.¹³

El debate entre la sociedad civil (a falta del diálogo real operante entre ésta y el gobierno) dio pie a que en la segunda quincena de julio, a través de la prensa nacional, se lanzara una singular apuesta. Carlos Fuentes¹⁴ rebatió a Perot con el argumento de los empleos en industrias de trabajo intensivo se irían a Estados Unidos con o sin TLC, debido a que no era el tercer mundo el que robaba empleos al mundo industrial sino la tecnología. Fuentes estaba convencido

¹³ Graciela Bensusan, "La reforma laboral y el TLC", en *La Jornada Laboral*, 27 de junio de 1991.

¹⁴ Carlos Fuentes, "Una apuesta sobre el TLC", en *La Jornada*, 16 de julio de 1993.



de que si el TLC no prosperaba se hundiría la confianza latinoamericana en Estados Unidos. Aceptó Fuentes que Jorge Castañeda tenía razón cuando criticaba el que México hubiera puesto todos los huevos en una sola canasta y hubiera fomentado ilusiones excesivas, con lo que la administración salinista se había expuesto innecesariamente. Fuentes le apostó una cena a Castañeda que el primero de enero de 1994 estaría en vigor el TLC, cosa que Castañeda ponía en duda. Hubo otra apuesta más desafiante. Partió de Aguilar Zínser hacia el secretario de Comercio, Serra Puche.¹⁵ Aguilar aseguró que el Congreso de Estados Unidos no aprobaría el tratado. Se basó para esta apuesta en la campaña antitratado organizada por Perot, en la resolución del juez Richey y en la oposición de un gran número de congresistas estadounidenses al tratado. Aguilar pronosticó que el retraso sería en beneficio de México, lo cual le permitiría una oportunidad de discutir sus implicaciones. Precisó que la no aprobación del TLC para el primero de enero de 1994 no implicaría un revés para México sino para el gobierno de Clinton. Llamó la atención de que la prisa del gobierno mexicano en torno al tratado se conectaba con los tiempos políticos del régimen en cuanto a la nominación del candidato priísta a la presidencia. Eso había colocado al país en una situación de vulnerabilidad. Aguilar aceptó que la no aprobación traería algunos desajustes económicos y financieros inmediatos, pero sostuvo que las ventajas superarían estos males. El objeto de la apuesta retadora proponía la renuncia por parte del secretario de Comercio, Serra, de sus objetos personales importados.

Un sector muy sensible ante los efectos negativos del TLC sobre sectores campesinos e indígenas pobres ha sido el de los obispos de la región Pacífico Sur. El obispo Samuel Ruiz indicó que el TLC era una ilusión óptica que tenía a los mexicanos en una encrucijada, y vaticinó que serían las capas más desprotegidas las que sufrirían con mayor agudeza las consecuencias de dicho tratado.

¹⁵ Adolfo Aguilar Zínser "La apuesta", en *El Financiero*, 30 de julio de 1993.

Más allá de los destellos:
integración depauperadora
y depredadora

En agosto de 1993 ya estaba concluida la negociación del tratado y de los acuerdos paralelos. Quedaba sólo formalizar aprobación del Congreso norteamericano. En México todo había dependido de la voluntad de la élite gobernante. La sociedad había quedado relegada tanto en la real discusión como en la decisión. El que el tratado fuera ratificado en Estados Unidos no dependía de razonamientos sino de la correlación de las fuerzas políticas presionadas por los grandes intereses económicos. Sin embargo, dada la oposición de capas mayoritarias y su mejor situación proveniente de una coyuntura electoral esto podría contar en favor de sus intereses. Los actores colectivos a favor y en contra estaban a la vista. Propugnaban el tratado grandes corporaciones económicas en los tres países. Se oponían sectores críticos independientes y mayorías productoras y trabajadoras que temían por su futuro. A todas luces el tratado privilegiaba las ganancias de los intereses corporativos más poderosos.

Las desigualdades también se hacían evidentes. Mientras en Estados Unidos y Canadá los ingresos por habitante resultaban equiparables, en México el ingreso per capita era diez veces menor. En la revista *Economie et Statistique* de agosto de 1993, el TLC era visto con muchos interrogantes por la gran disparidad de las economías de los tres países participantes. Investigadores del *Institute for International Economic* pronosticaban que con el TLC surgiría una división internacional del trabajo en la que México se vería obligado a producir bienes poco sofisticados, de poco valor agregado y fuerte contenido de trabajo, lo que a la larga redundaría en detrimento de México, ya que no le permitiría salir de su situación de dependencia y que incidiría en una degradación en sus términos de intercambio. Los negociadores del gobierno mexicano habían relegado dos importantes puntos: el de los trabajadores migratorios y el fondo compensatorio para México a causa de su menor desarro-



llo.¹⁶ La situación del país no era alentadora económicamente y el tratado no era garantía de una mejoría sustancial a largo plazo. El Banco de México en mayo de 1993 reconoció que la deuda externa había ascendido a 111,200 millones de dólares,¹⁷ lo cual equivalía a 34% del producto interno bruto y resultaba ser la más alta registrada en la historia del país. El presidente del grupo Basf en México opinó que el TLC estaba altamente psicologizado, a tal punto que su retraso provocaría oleadas pesimistas. En el fondo de las cosas México era atractivo como trampolín exportador por sus bajos salarios y los acuerdos paralelos habían sido simplemente un maquillaje. N. Chomsky consideró que uno de los principales objetivos del TLC era hacer irreversibles las reformas introducidas por Salinas. Opinó que ese tratado era un acuerdo entre ejecutivos. Se había evitado un real debate público. Advirtió que una de las consecuencias de la globalización de la economía era el surgimiento de nuevas instancias administrativas supranacionales totalmente al servicio de las transnacionales.¹⁸ A principios de agosto de 1993 Japón declaró que el TLC violaba normas mundiales de comercio. Las discusiones no dejaban de estar ideologizadas. Más que libre comercio propiamente dicho se garantizaría comercio libre para unos cuantos y protegido para otros; no había equidad en ese comercio. Se empezó a levantar, como un peligro futuro, la confrontación económica entre las nuevas formaciones de bloques económicos mundiales. Con el TLC y sus acuerdos paralelos no se solucionaría ni la miseria de las mayorías ni la depredación ecológica.

El gobierno mexicano finalmente anunció con gran entusiasmo la conclusión de las negociaciones del Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México. No obstante, escondió los puntos en donde el arreglo no fue tan benéfico para los mexicanos. Como fue costumbre del régimen salinista, se presentó el acontecimiento como un gran logro. Se trató de asegurar la confianza em-

16 E. R. Huchim, "TLC: los temas que México ha olvidado", en *La Jornada*, 8 de julio de 1993.

17 Para principios de 1996 la deuda externa llegaba ya a 170,000 millones de dólares.

18 Enrique Semo "El TLC puede cancelar la verdadera democracia en México: Noam Chomsky", en *Proceso*, 29 de marzo de 1993. pp. 40-41.

presarial que había empezado a dar muestras de incertidumbre ante la desaceleración del ritmo de crecimiento económico (las cifras estimadas sobre la inflación anual fueron más altas que las prometidas por el gobierno). Tampoco había seguridades en cuanto al comportamiento del tipo de cambio. Proseguía el desempleo, y se agudizaban conflictos laborales.

Sin conocer el texto íntegro del tratado, el PRI se dedicó a hacer una loa incondicional del mismo. El PAN y el PRD exigieron tanto la entrega del texto final como que su aprobación fuera sometida al Congreso en pleno y no quedara reservada sólo al Senado. Hubo eufóricos aplausos; pero también se formularon posiciones más cautelosas. Desde la Casa Blanca se apuntó que el TLC pretendía apoyar a Salinas para que México alcanzara estabilidad política. Ciertamente apuntaló en lo inmediato la política económica neoliberal salinista. Sin embargo, los ecologistas estadounidenses opinaron que quedaron muchos puntos oscuros y que se llegó a un tratado que resultó limitado en la protección ambiental. El problema migratorio no fue contemplado. Hubo voces que llamaron la atención en cuanto a que se habían impuesto los tiempos de Bush, que necesitaba ese tratado para su campaña electoral. El dirigente panista pidió dejar los tonos triunfalistas, y advirtió que mientras en México no existiera vida institucional no se podía hablar de permanencia y estabilidad en los convenios con otros países. Subrayó que donde las decisiones se tomaban en forma caprichosa o por grupos que no tenían en cuenta a la comunidad nacional surgían motivos para la duda. El clima nacional en el que se llegó al acuerdo puede ser paradigmático. Además de las desigualdades económicas entre los países cuyos gobiernos llegaron a la firma final (sin que hubiera existido, como en la Comunidad Europea, ninguna atención hacia financiamientos compensatorios) otra de las grandes disparidades se encuentra en la vida democrática. El gobierno mexicano ha privilegiado su proyecto económico y ha relegado una auténtica reforma política.

Independientemente de la aprobación definitiva del TLC por los Congresos de Estados Unidos y de Canadá (el de México, con mayo-



ría priísta, simplemente hizo lo que el presidente le mandó), este tratado contribuyó a la inestabilidad que ha puesto en peligro el desarrollo económico nacional. No está por demás examinar la lucha previa a su aprobación, en la cual surgieron muchos argumentos en contra, que de inmediato mostraron que tenían fundamentos.¹⁹

El día que debía entrar en vigor el TLC hizo su aparición pública el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Entre uno de los motivos para su irrupción armada adujo precisamente el impacto negativo del TLC entre las capas más desfavorecidas de la población Mexicana. La gran propaganda gubernamental en favor del TLC había alcanzado apoyo en la opinión de una gran cantidad de mexicanos. No obstante, a mediados de 1994 uno de cada cuatro mexicanos externaba su total desaprobación a dicho tratado,²⁰ posteriormente los hechos adversos fueron incrementando el desencanto. La imagen salinista inició su declive hasta llegar al mayor oprobio. La crisis política y económica mexicana se fue profundizando en 1994 y 1995. Al principio de 1996 se vio que el tratado no era respetado por Estados Unidos. Las ventajas anunciadas no se percibieron en la economía mexicana. En marzo de 1996, el incidente del derribo de dos avionetas de contrarrevolucionarios cubanos residentes en Estados Unidos, que violaron el espacio aéreo de la isla, propició que se recrudecieran las posiciones políticas estadounidenses favorables a endurecer el bloqueo en contra de la revolución cubana. El proyecto de ley Helms-Burton, que no había alcanzado consensos de los legisladores ni la aprobación del presidente Clinton, fue resucitado. En breve plazo fue aprobada dicha ley que implicaba, entre otras medidas, la prohibición del comercio

¹⁹ A dos años de entrada en vigor el TLC, los resultados no eran muy alentadores para la economía mexicana. Un 43% de la inversión debida a dicho tratado se concentraba en renglones especulativos.

²⁰ En medio de una intensa campaña política para llevar a la Presidencia de la República a un convencido de las bondades de la política económica salinista, en julio de 1994 se levantó una encuesta nacional sobre los valores de los mexicanos. Dicha encuesta reveló que 49% de los entrevistados estaban de acuerdo con el TLC, mientras 25% manifestaban su desacuerdo, y 11% expresaban que estaban de acuerdo, pero en parte; el 6% restante opinaba que el TLC le daba igual (Cfr. Ulises Beltrán y otros, *Los mexicanos de los noventa*, México, IISUNAM, 1996).

con Cuba de empresas subsidiarias de Estados Unidos en otros países, la oposición a la entrada a territorio estadounidense de productos que contuvieran insumos cubanos, la negativa al visado estadounidense a empresarios que invirtieran en la isla (restricción que se ampliaba a cónyuges y socios). La Comunidad Europea protestó. También lo hizo el Caricom; pero de manera especial se disgustó el gobierno canadiense, el cual argumentó que la aplicación de dicha ley violaría algunos capítulos del TLC. Posteriormente el gobierno mexicano se pronunció en el mismo sentido, pues las sanciones programadas por Estados Unidos en contra de Cuba, que agravarían un ya duradero bloqueo, conllevarían afectaciones a empresarios mexicanos (concentrados principalmente en telefonía y textiles). Internacionalmente hubo consenso en criticar dicha ley porque sus implicaciones extraterritoriales resultaban un atentado en contra el derecho internacional. La prepotencia estadounidense repitió lo que ha sucedido en la historia: los tratados obstaculizan a los débiles pero son discrecionales para el poderoso.

La prometida imagen salinista que equiparaba al TLC como la llave para ingresar a la prosperidad resultó un espejismo más. La mayoría de quienes confiaron en tales promesas quedó defraudada y resentida. Las figuraciones, fraguadas para sostenerse entre sí y generar una situación de estabilidad, se resquebrajaron. Esfumadas las fantasías proyectadas por efectos de una costosa publicidad, quedó una penosa realidad. Se perdió mucho de la planta productiva. Los ingresos de grandes capas de la población se vieron muy deteriorados. El desempleo se disparó. Las deudas siguieron agobiando a empresas y a miles de personas. Se fue haciendo rutina que los pronósticos hechos por el gobierno zedillista de mejoría económica no se cumplieran. El bienestar delineado sólo favoreció a un puñado de privilegiados. Lo que había sido publicado como el ingreso de México al primer mundo, fue, como lo indicaron los principales críticos, un grillete más de una onerosa sujeción. ☹